

GRANDES RESOLUCIONES

Programa cuatro

El fuego del evangelio

¿Alguna vez has considerado qué es necesario para llegar a ser más efectivo en la predicación del evangelio? Puede que te hayas preguntado, “¿Debería orar más? ¿Necesito más del Espíritu? ¿Más gozo? ¿Necesito ser entrenado para hablar? ¿Necesito más planificación, mejores métodos – qué?”

¿Es posible ser un predicador efectivo del evangelio por medio de orar simplemente, depender del Espíritu y hablar sobre la Palabra de Dios, o hay más cosas involucradas? Si has reflexionado sobre estos asuntos, no estás solo; muchos creyentes – del pasado y del presente – se han hecho preguntas parecidas.

Hoy, en este programa de audio por internet, en la serie de *Grandes Resoluciones*, consideraremos a un hombre, quien, por su ejemplo, puede ayudarnos a aprender a ser más efectivos en el evangelio. Puede ser que seamos sorprendidos por lo que aprendamos. Esperamos que el testimonio del siguiente hermano nos anime mientras nos esforzamos por ser testigos de Cristo y pámpanos que llevan fruto en la Vid.

James M’Kendrick

Aunque James M’Kendrick no es tan reconocido, él fue utilizado grandemente por el Señor en la predicación del evangelio por casi medio siglo a finales de 1800. James era un trabajador en las minas de carbón con poca educación. Vivía en un pueblito escocés pobre. No era elocuente ni especialmente dotado. Él era un hermano ordinario.

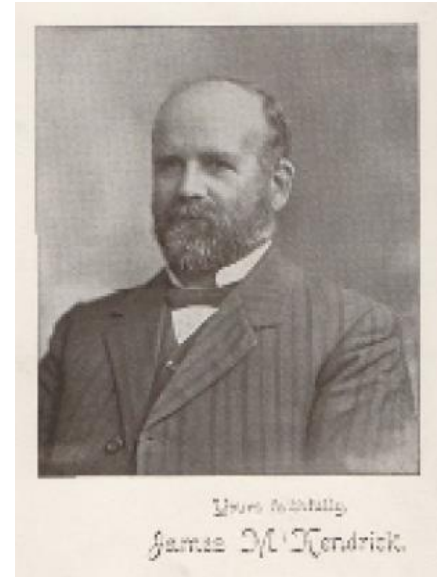
¿Qué fue entonces lo que lo hizo tan útil en el evangelio?

¡La razón era, su corazón ardiente por los pecadores perdidos! Desde el momento en que James comenzó a abrirse al Señor tenía lo que Watchman Nee se

refiere como el “espíritu del evangelio”. Consideremos su testimonio, tal y como está documentado en su libro *Seen and Heard* (Visto y oído).

El gozo de la salvación

James creció como un niño activo en Escocia quien especialmente disfrutaba estar al aire libre. Se le enseñó a guardar el sábado, iba a la escuela dominical y se memorizó porciones del catecismo y las Escrituras. Aunque creía que existía un Dios, sabía que no era salvo y que no estaba listo para enfrentarse a la muerte ni a la eternidad. Repasando su experiencia, James reconoció la ironía de aquella situación: él conocía en su mente el plan de salvación de Dios, pero todavía vivía como un pecador perdido en su experiencia.



James casi se ahogó en dos incidentes separados antes de que cumpliera los 20 años de edad y se escapó por poco de la muerte, cuando un techo colapsó en una mina. Sin embargo, lo que finalmente trajo a James a la salvación no fue uno de sus propios encuentros cercanos con la muerte, sino un accidente que cobró la vida de su amado padre. En este accidente los puntales en la mina de carbón cedieron y una roca de varias toneladas le cayó encima, matándolo instantáneamente. Ésto sacudió a James hasta lo más profundo de su ser. Preparándose para el entierro de su padre, consideró (M'Kendrick 19):

Mientras contemplé la cara de mi padre, y pensé en la terrible calamidad que le había ocurrido, la pregunta que yacía en mi interior me perforó más de una vez – ¿Si hubieses sido yo, dónde estaría? Siempre hice lo mejor que pude para descartar esta pregunta desagradable tan rápidamente como era posible, pero sin invitarla ella venía una y otra vez a confrontarme.

El Espíritu Santo continuamente lo ponía bajo la convicción de que – “*Si muero como estoy, moriré sin Cristo*”. Mientras estaba angustiado debido a su estado y preguntándose cómo podría ser salvo, el Espíritu de realidad trajo a su memoria el conocido versículo de Juan 3:16 que había aprendido con anterioridad.. Finalmente, la luz resplandeció sobre él y descansó al creer en esta Palabra de Dios. En la noche

oscura del entierro de su padre, James fue salvo eternamente. En un momento de profundo pesar, encontró gran gozo.

No un discípulo secreto

James inmediatamente se convirtió en un testigo para Cristo. De hecho, en la misma noche de su conversión, tuvo la oportunidad de pasar por un lugar donde sus amigos estaban reunidos. Inmediatamente sintió que debía decirles que era salvo. James dijo: (M'Kendrick 25),

Llamé aparte al líder del grupo, y comencé a decirle cómo el Señor me había salvado esa tarde, y mientras lo hacía, lágrimas de gozo y paz corrían por mi cara. Me sentí ayudado y fortalecido grandemente mientras le contaba toda la experiencia de esa tarde, y antes de que hubiese terminado las lágrimas estaban corriendo también por la cara de mi compañero. Estaba profundamente impresionado con todo lo que le había dicho, y reincorporándose con los demás, les contó lo mejor que pudo lo que yo le había dicho de mi nueva experiencia.

Esta confesión inicial de Cristo lo inspiró a hablar de la salvación de Dios con confianza y valentía en vez de tener temor de otros. El Señor recompensó su denuedo. Sólo cuatro semanas después de su conversión, el Señor salvó a su compañero principal. Y dos semanas después, James tuvo el gozo de ver a otro de sus compañeros recibir al Señor. Los tres empezaron entonces a pasar tiempos juntos para orar fervientemente por sus otros amigos. Desde el principio, James halló un verdadero gozo en la oración y en sembrar la semilla del evangelio.

Un fuego comenzando a arder

En Lucas 12:49 el Señor dijo que Él vino a echar fuego sobre la tierra. Sabemos que este es un fuego de amor que se origina en el Dios de amor que dio a Su Hijo unigénito para que viniera a la tierra, como el Salvador del hombre. El Señor mismo es el verdadero fuego. Aquellos a quienes el Señor tocó llegaron a ser ardientes con el mismo celo que Él tenía – un celo por Dios, Su propósito y el evangelio. Este fuego de amor guió al Señor a la cruz a fin de traernos a Dios. Después de la muerte y resurrección del Señor, este fuego entró en los apóstoles y en muchos santos. Desde ese

momento en adelante, este fuego ha estado ardiendo en muchos, ocasionando que ellos estén decididos a vivir para el Señor y el evangelio.

Este fuego es el espíritu del evangelio, que imparte un sentir en nosotros el amor de Dios por los que están pereciendo. También le ha dado a muchos un corazón lleno de amor hasta las lágrimas por los que se pierden. Este es el fuego que comenzó a arder en James M'Kendrick.

En un corto tiempo, otros empezaron a ver el amor del Señor en James y sus compañeros. Un misionero piadoso quien estaba sirviendo en los pueblitos mineros les pidió ayuda. Los tres fueron de puerta en puerta invitando a muchos a venir a un servicio religioso especial. Muchos de los invitados acudieron llenando la capacidad del local de reunión. James relata lo que ocurrió (M'Kendrick 28-30):

Estaba de pie muy cerca del misionero, mi alma ardía por la salvación de las personas. El misionero predicó de la manera ortodoxa usual, usando cuatro o cinco temas en su discurso y en varias etapas antes de que alcanzara el final. Tuve poca afinidad con su estilo de predicar, anhelaba que él hiciera un llamado personal y directo a las personas y que les rogara que fueran salvos. No puedo recordar cuál fue su texto, o qué dijo, aunque sin duda todo era sano y bueno, porque él era un buen hombre, pero, para mí todo parecía estar errando el blanco y mi paciencia se me agotó, así que jalé suavemente la manga de su chaqueta. Aun así, continuó predicando, más lejos del punto que nunca. Jalé la manga de su chaqueta una segunda vez con más fuerza. Él pausó, e inclinándose, porque era un hombre alto, susurró, “¿Qué es?”. Le dije, “Hombre, detente y déjame hablar”. Él sólo habló unas pocas palabras más y entonces dijo, “James M'Kendrick se dirigirá a ustedes ahora”. Tan pronto dijo eso, mi mente pareció estar limpia, barrida y adornada. Estaba sin palabras y no podía encontrar una palabra para hablar, ni siquiera pude decir, “Queridos amigos”. Pero mi alma ardía en fuego por su salvación. Mi primer desahogo fue un torrente de lágrimas, no de palabras. Clamé largamente: “Todos los que no son salvos en esta casa van para el infierno. La vida es como una rama deteriorada de un árbol de la cual se están aferrando, y si se rompe, ustedes los que no son salvos estarán en el infierno”.

Estaba sin palabras, no podía encontrar una palabra para hablar, ni siquiera pude decir, “Queridos amigos”. Sin embargo, mi alma ardía por su salvación.

En ese tiempo había accidentes, muchos de ellos fatales, ocurrían casi diariamente en los distritos mineros. La explosión de Blantyre, por la cual 250 hombres murieron, estaba fresca en nuestras mentes y también un accidente que ocurrió después en donde 50 hombres perdieron la vida. La muerte súbita de mi padre nueve semanas antes era tan intensamente real para mí que la incertidumbre de la vida era una tremenda realidad. Por lo tanto, insté a todos a recibir a Jesucristo como su Salvador, o si no seguramente perecerían.

Nunca hubo un intento más imperfecto para predicar; pero nunca había habido algo más sincero. Las lágrimas eran muchas – las palabras eran pocas; pero los resultados fueron maravillosos. El Espíritu Santo de Dios llenó el lugar; las personas fueron convencidas de pecado y de su condición perdida. El misionero detectó prontamente la presencia y el poder del Espíritu Santo, y lleno de gozo se mantuvo clamando, “¡Aleluya! ¡Aleluya! Alabado sea el Señor”.

El espíritu del evangelio

Esto fue sólo el principio. En su libro, James documenta muchas de las cosas que vio y oyo mientras cooperaba con el Espíritu, al viajar predicando el evangelio a través de las Islas Británicas, Australia, América y Canadá.

Vale la pena que consideremos este testimonio y específicamente en lo que se refiere al espíritu del evangelio. Watchman Nee testificó que fue profundamente tocado por este libro (Nee tomo 55):

He leído las biografías de muchos evangelistas, incluyendo las de Finney, Moody y Stanley. Todos ellos tenían el espíritu de predicar el evangelio y el don de la predicación del evangelio. Sus biografías nos pueden animar, pero no podemos imitarlos, porque no tenemos un don tan grande como el que ellos tenían.

Particularmente me gusta el e libro Seen and Heard (Visto y oído) porque podemos decir que el hermano James M’Kendrick no tenía el don de la predicación del evangelio,

mas tenía el espíritu de predicar el evangelio. Él era un hombre ordinario como nosotros. No había nada especial en él, pero su corazón se derritió por el amor del Señor, y estaba extremadamente preocupado por las necesidades de los pecadores. Podía amar, y podía llorar. Podía orar, y podía clamar. El amor del Señor era tan fuerte en él que no podía contenerse a sí mismo. La necesidad de que los hombres fueran salvos hacía que estuviera intranquilo de día y de noche. Mientras leía acerca de él,-dijo el hermano Nee- muchas veces fui llevado a llorar con él.

En la predicación del evangelio, existe el don de predicar el evangelio y el espíritu de predicar el evangelio. Aquel que tiene el espíritu del evangelio predica a tiempo y fuera de tiempo. Sólo unas pocas personas, quienes tienen el don del evangelio, son levantadas cada diez o veinte años en la historia de la iglesia . Estas personas son pocas y no se encuentran con frecuencia. Pero todo aquel que ama al Señor puede y debe tener el espíritu de la predicación del evangelio. Éste no está limitado a un don especial.

***Todo aquel que ama al Señor puede y debe tener
el espíritu de la predicación del evangelio.***

M'Kendrick se convirtió en un necio por amor al Señor. Él estaba fuera de sí para que el evangelio pudiera ser exitoso. No todos los hermanos jóvenes tienen el don de la predicación del evangelio, pero no debemos carecer del espíritu de predicar el evangelio. Que este fuego arda en nosotros hasta que ya no nos podamos controlar. Que este fuego, que nos consume, también consuma a los pecadores hasta que no tengan base para rechazar al Señor.

Si este fuego no arde en nosotros, no arderá en aquellos que están en el mundo. La iglesia puede convertirse en un impedimento para la salvación del hombre. ¡Oh Señor, ten misericordia de la iglesia! Que el Señor tenga en la iglesia una forma para ganar a aquellos en el mundo. ¡Fuego! ¡Fuego! Permitamos que el fuego del evangelio resplandezca – primero encendiéndonos y entonces prendiendo la iglesia en fuego.

¿Qué fue lo que causó que James tuviera tal carga por los pecadores perdidos? Seguramente su consagración absoluta al Señor fue la base para que Él lo usara grandemente. M'Kendrick también tenía una preocupación genuina por otros.

Witness Lee dijo (Lee cap. 44), “*Si tenemos habilidad para llevar a cabo una obra pero carecemos de una preocupación íntima, nuestra obra no llevará fruto. Mientras tengamos una preocupación apropiada por las personas, podemos aspirar a ser utilizados por Dios para predicar su salvación. La elocuencia, el don, o el poder nunca podrán tocar a las personas tan profundamente como la preocupación por ellas*”. James M’Kendrick guió a un número de personas a la salvación del Señor porque tenía una profunda preocupación por ellas.

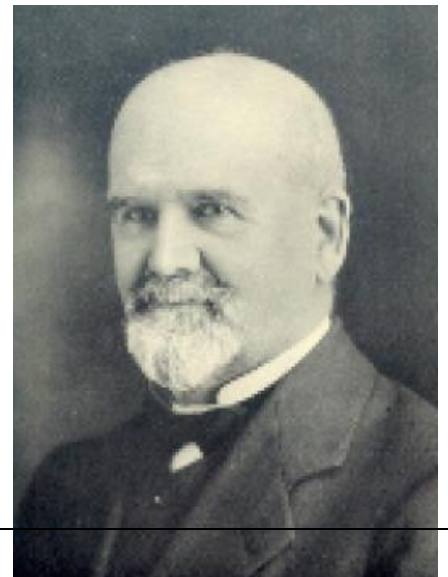
***Si tenemos habilidad para llevar a cabo una obra
pero carecemos de una preocupación íntima,
nuestra obra no llevará fruto.***

Considerando este testimonio puede que nos sintamos puestos en evidencia. ¡Necesitamos el ilimitado e incondicional corazón amoroso del Señor por los que se están pereciendo! Cada vez que prediquemos el evangelio, debemos darnos cuenta que ésto necesita ser más que un simple evento o actividad. Podemos aprender del testimonio de James M’Kendrick de que no debemos depender de ninguna habilidad natural o don de evangelismo. Más bien, debemos abrirnos al Señor para que el espíritu nos lleve a la predicación del evangelio. Podemos consagrarnos nuevamente de una manera fresca al Señor, y orar para que Su deseo de que todos los hombres sean salvos llene nuestros espíritus y corazones (1 Ti. 2:4). ¡Oh Señor, arde en nosotros hoy! Danos este espíritu del evangelio.

Conclusión

El Señor quiere que todos nosotros “anunciemos” las virtudes de Aquel que nos llamó. Aunque esto es nuestro deber, también podemos ser animados por la

exhortación de nuestro hermano Nee quien dijo (Nee vol. 61), *Puede que una persona joven no tenga el don de Moody, Finney o Spurgeon, pero puede aprender a ser un M’Kendrick. Puede que un hermano joven no tenga el don del evangelio, pero debe tener el espíritu del evangelio. En la historia de la iglesia, Dios ha levantado grandes evangelistas o alguna que otra vez con mucho tiempo entre la aparición de uno y otro..*



Pero todo amante del Señor debe y tiene que tener un espíritu de evangelio. Que el fuego del evangelio de Dios continúe ardiendo en nosotros. Que este fuego te encienda a ti y a mí primero. Que la iglesia no se convierta en un impedimento para la salvación del mundo, sino en un canal a través del cual el Señor sea dispensado al mundo.

Marty Robert y Bill

Lawson

Referencias

M'Kendrick, James. *Seen and Heard –During Forty-Six Years' Evangelistic Labours*. London: Pickering & Inglis, 1933.

Lee, Witness. *Life-study of Second Corinthians, ch. 44*. Anaheim: Living Stream Ministry, 1984.

Nee, Watchman. *Collected Works of Watchman Nee*, vols. 55 and 61. Anaheim: Living Stream Ministry, 1992.

[traducidas con permiso de Bill Lawson y Marty Roberts y subida a alacenaparajovenes.com con permiso. Los podcasts originales y los scripts pueden ser escuchados y bajados en inglés de: www.ageturners.com].